

VISTOS DESDE AFUERA

Pedro Sofillo, el conocido crítico de «El Universal» de Caracas, ha dedicado una de sus crónicas al poeta chileno Carlos Préndez Saldías, que reproducimos a continuación.

YA el nombre de Préndez Saldías nos era conocido y habíamos tenido ocasión de leer algunos de sus bellos y sutiles poemas. Se trata de uno de los representantes más caracterizados de la juventud literaria de Chile que para estos días cuenta con altos valores en todos los géneros, y hace imposible que a las condiciones intelectuales de ese pueblo se les aplique la ruda medida que a ellos mismos les expresara aquel, a pesar de todo ancho y leal, Domingo Faustino Sarmiento.

Préndez Saldías es un joven poeta en el verdadero, en el único sentido de la expresión: es un poeta de su tiempo, que hace unos versos que van a hablar a la sensibilidad de hoy, en una forma elevada y pura, libre de turbios alambicamientos y de amaneramientos y rarismos, hoy por fortuna de capa caída en cualquier concepto digno, ya de arte o ya de vida.

La cualidad esencial de este poeta es su íntima delicadeza, es el aroma sagrado que se desprende de su poesía, el encanto saludable y conmovedor con que nos penetra corazón adentro. A ratos nos desconcierta, nos empuja con vivacidad atolondrada hacia planos de vida desconocidos, atrayentes y atemorizantes a la par; pero ello no se traduce sino en un humano, en un—digámoslo—equilibrado desconcierto, algo así como un generoso y simpático impulso ascendente, que nos inquieta y nos pone

como livianos, sin, en ningún caso, someternos a esas dolorosas postraciones en que nos deja cierta poesía semejante. Hay en Préndez Saldías una profunda raíz de misticismo soñador, de filosofía santamente melancólica, que hace de sus versos nobles expansiones, voces de un lenguaje íntimamente cordial.

Algunos de los poemas son de lirismo luminoso, envuelto en una piadosa claridad infantil, como en los versos en que nuestro Angel Miguel Queremel se olvida un poco de que él es un poeta torturante. Gabriela Mistral le dice que nos da trigo, el trigo milagroso, múltiple y evangélico, que es pan, que es oro y es luz. Lagos Lisboa lo sorprende concentrado en la pequeña noche que todos portamos con nosotros, y lo invita fraternalmente: «ambula por los hondos caminos de ti mismo» ...; a Daniel de la Vega le preocupa la inquietud del poeta, y contagiado de ella le pregunta, nervioso: «¿Qué brújula de ardores orienta tus batallas?» He aquí, en rica multiplicidad de aspectos, denunciada la personalidad lírica de Préndez Saldías.

En «El alma en los cristales» el tema esencial es el amor. Casi todos son poemas derivados de la dulce y profunda emoción central que llena la vida del poeta. Aun los que parecen más alejados de tal relación, se encuentran envueltos en una como atmósfera de ternura, de efusión amorosa que desborda el vivir del poeta. Pero aquí el Amor es el mago bueno, el mago que hace el milagro esperado y que es fuerza y dignidad; así sería inútil buscar lamentaciones, gritos desgarrados, explosiones alambicadas de sentimientos hiperbolizados y, mucho menos, majaderías tenoriescas de jovencito coquetón que lía la seguridad de sus pantalones al comedimiento y discreción de los tirantes. Hay una estrella, una estrella que bastaría para inundar de hermosa luz la juventud de Préndez Saldías, una estrella que nadie ve, pero que él la apesó, que él la tiene «besando las aguas vivas de su cisterna».

«Amaneció Nevando» es un libro más completo, donde aparece en toda su fuerza y en todo su poder la personalidad de su autor. Aquí está la visión como más dilatada, aquí el poeta nos da nuevos tesoros que se ha ido encontrando en su propia

vida. Aquella vaga y generosa ternura que descubrimos en el libro anterior, ahora la volvemos a encontrar, pero transformada en un sentimiento más amplio, más elevado y fecundo. Es que el poeta, después de encontrarse a sí mismo, ha encontrado a la naturaleza y dice ahora palabras nuevas, preñadas de un sentido más trascendente. Ya aquella vaga ternura es un sentimiento poderoso que se desparrama por el mundo con una sosegada plenitud panteísta. Hay poemas que son únicamente naturaleza, que se presentan con esa sencillez comprendedora, que entusiasma y hasta alucina un poco. Tiene trozos en los cuales la religiosidad no podría encontrar pareja sino en la de Gabriela, su ilustre paisana, sin que apunte esto ninguna intención de ponerle como influenciado por la gran poetisa. Está en pleno sometimiento a la naturaleza; hasta cosas raras le llegan a pasar a nuestro entusiasta poeta; así, no está muy seguro de conocer la voz de los hombres de tanto como ha oído la voz del viento. ¡Cuidado!

En fin, «Amaneció Nevando» lo creo un bellissimo libro de poemas, con el cual Préndez Saldías conquista un puesto alto entre los actuales poetas hispano-americanos. Y es un libro prometedor, grandemente prometedor de nuevas y ricas cosechas, que ojalá se cumplan para orgullo de nuestras letras y bien de todos.

Juzgo yo que cuantos leamos «Amaneció Nevando» le debemos gratitud a su autor. Gracias, poeta, y que sus años transcurran bajo la protección de los amantes ojos de la mujer amada, los mismos claros ojos que Ud. besó cuando quiso hacerle una bella ofrenda a un muerto, a Manuel Magallanes Moure, su joven amigo que murió cantando!

Caracas, Mayo 15 de 1926.